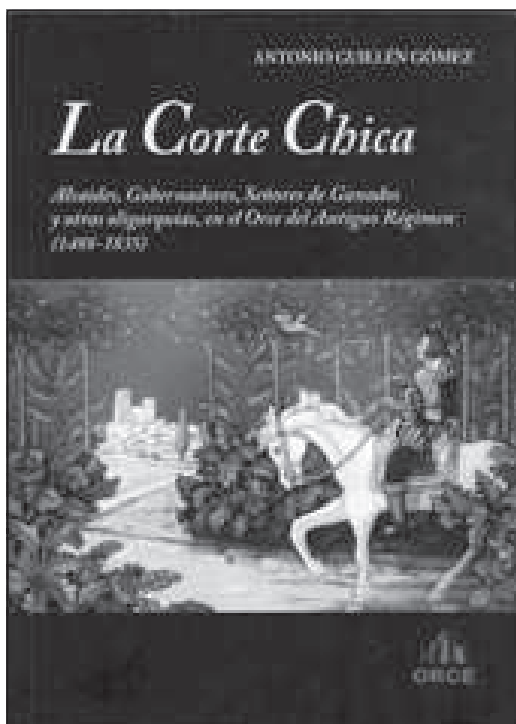


GUILLÉN GÓMEZ, Antonio. *La Corte Chica. Alcaldes, Gobernadores, Señores de Ganados y otras oligarquías en el Orce del Antiguo Régimen (1488-1835)*. Orce: Ayuntamiento, 2009. 719 páginas.



Nuevamente, la fecundidad creativa de Antonio Guillén Gómez nos ha regalado un primoroso y meritorio libro, centrado fundamentalmente en el devenir histórico de su pueblo, Orce, conocido de antiguo con la feliz denominación de *La Corte Chica*, lo suficientemente expresiva como para dar título a éste, su penúltimo libro. El largo subtítulo, subraya la tendencia del autor a anunciar muy explicativamente la temática del contenido de sus libros, para que el lector esté avisado y saque más y mejores frutos. Huye, pues, a la manera de los antiguos humanistas, de la tendencia actual de preferir el título sintético y excesivamente esquematizado. Ahora bien, se debe matizar que, siendo la historia de Orce el eje central del trabajo, la riqueza del contenido y

su variedad, hacen que las fronteras locales sean traspasadas y que el espacio se ensanche y abarque comarcas y regiones vecinas.

Está dividida la obra en doce capítulos, que si abordan temas monográficos, guardan, sin embargo, una rigurosa sucesividad histórica en el tiempo. Abarca, pues, de 1488 a 1835, es decir, toda la historia de Orce en el Antiguo Régimen, desde su reconquista por los Reyes Católicos, hasta la caída del absolutismo regio y los comienzos del liberalismo, cuando la niña reina Isabel II comenzaba su reinado. En la introducción del capítulo primero, trata de contextualizar el devenir histórico desde los iniciales pasos tras la conquista cristiana y señala la primera de las contradicciones: aunque la rendición de Orce, como la de Huéscar y los Vélez, fue mediante capitulación, lo que hizo que fuera considerada tierra de realengo, incorporada a la Corona, las presiones nobiliarias hicieron que pasara a ser villa de señorío, perteneciente a la familia de Enrique Enríquez de Quiñones, tío del rey, y primer señor del Señorío de Orce y Galera, integrado, a su vez, en el señorío llamado «Estado y Casa de Baza». Esta ciudad, que fue tomada por los Reyes Católicos, tras un largo y cruel asedio, mantuvo, sin embargo, su categoría de ciudad de realengo. Continúa explicando los diferentes cargos en que se estructuraba el gobierno del Señorío y sus funciones. Un gobernador ge-

neral, que residía en Orce, en cuyo castillo había quedado instalada la cabecera del citado Señorío «Estado y Casa de Baza», administraba las rentas e impartía justicia, y nombraba los alcaldes mayores y otros cargos.

En su afán de tratar exhaustivamente todos los asuntos, Antonio Guillén da una relación prosopográfica, más extensa que sucinta, de los gobernadores generales que se fueron sucediendo durante el período estudiado. He contabilizado un total de noventa y cinco, desde Diego Pérez de Santisteban (1498), que abre la lista, hasta José María de Haro, que la cierra (1835). Frente a los cuarenta y dos gobernadores relacionados en el siglo XVII y los treinta y cinco del siglo XVIII, contrastan los ocho del siglo XVI, que viene a indicar lo incompleto de la relación, hija de la escasa documentación existente para este siglo. El trabajo, por lo demás, ha tenido que ser ímprobo, dada la dificultad de datar cronológicamente a cada personaje y de reconstruir sus biografías, por lo fragmentario de las fuentes y la atomización de los datos. Personalmente, por una serie de razones, creo que son dignos de atención los siguientes gobernadores: Melchor de la Serna, que hizo frente a la sublevación morisca de 1568-1570; los hermanos Pedro y Álvaro Vigil de Peralta, que supervisaron los límites del Señorío y pusieron en marcha la repoblación y los apeos de sus tierras; Andrés de Segura-Nieto Romero, personaje inefable al que se le dedica un capítulo del libro, y José María de Haro, último gobernador, liberal e isabelino.

El interés que Antonio Guillén muestra por el hombre, colectiva e individualmente considerado, como protagonista de la historia, le lleva a estudiar dos figuras excepcionales; la una, doña María de Luna (cap. II) y, la otra, Juan Alhamar (cap. III). Si la primera, mujer de D. Enrique Enríquez y nieta del célebre Álvaro de Luna, pertenece a la alta nobleza cristiana, el segundo, es un morisco orcí principal, de la familia granadina de los Alhamares. Doña María, mujer de carácter, autoritaria e inflexible, gobierna el Señorío prácticamente desde la muerte de su esposo en 1504 y por encima de su nieto Enrique Enríquez de Guzmán, personaje atrabiliario que fue objeto de las críticas del obispo de Guadix, fray Antonio de Guevara. Doña María, por su ambición, sufrió la sublevación de sus vasallos, que entraron en pleito con ella y denunciaron una serie de quejas, relativas a impuestos ilegales, como monopolios sobre el mesón o posada, aceites, jabón, vinos, molinos de harina, portazgo, etc. Por su parte, Juan Alhamar representa a aquellos moriscos adaptados a la nueva sociedad cristiana; su familia ocupaba importantes cargos en la antigua administración nazarí y gozaba de gran prestigio social; pero como hicieran otras familias granadinas, colaboraron en la firma de las capitulaciones y en la defensa del castillo con Melchor de la Serna en 1570 contra sus correligionarios.

Pero en estos capítulos, también se pone en evidencia, una característica, siempre presente en la obra de Antonio Guillén: la existencia de dos niveles de

información, el primero o principal y el segundo o subyacente que aborda temas colaterales de gran importancia. En este caso, mientras trata de contextualizar históricamente el Orce de doña María de Luna, realiza una detallada y meritísima descripción del casco urbano del Orce del siglo XVI: calle Real, plazas Vieja y Nueva, puertas, barrio de la Morería, baños, hospital, alhorí, etc. Paralelamente, con la figura del Juan Alhamar, aparecen los seises moriscos o peritos conocedores de las tierras a repartir, de las tandas de riegos, baldíos y del entramado agrícola y ganadero de la comarca, que tan magnífica labor hicieron en el asunto de los repartimientos y apeos.

La evolución de la población o la demografía en general es un asunto muy bien tratado por el autor. Así, señala el aumento constante de la población, pese a las deportaciones de 1570 y 1584. La riqueza ganadera y la necesidad de pastores explican el fenómeno. Según el *Recuento demográfico* remitido a Felipe II por los obispos de las diócesis de España en 1587, la pila de Orce tenía una población de 127 vecinos. Pero la llegada en tromba se inició en 1591, con la instalación de población de origen navarro, cuyos apellidos –y hasta costumbres– están todavía presentes. En los siglos XVII y XVIII, esta corriente inmigratoria se mantuvo y la población no hizo más que aumentar.

La atención prestada a personajes ilustres, hijos de Orce, dignos de ser recordados, como es el caso, del jurista Jerónimo Rosillo y Perea, canónigo de la Abadía de Baza; Alejo Díaz y Muñoz, provisor y vicario general de Cartagena de Indias; o Damián Espinosa de los Monteros, abad de Baza, permite conocer colateralmente a figuras como Martín Rosillo y Muñoz –padre del primero y escultor de talento–, intuir cómo podría ser la vida cotidiana de un eclesiástico de postín en Cartagena de Indias en el siglo XVIII o conocer la fortuna de Indalecio Espinosa de los Monteros –en realidad, Indalecio Espinosa Iglesias–, que por afán de la más pura prosapia, propio de la Corte Chica, se hizo llamar Espinosa de los Monteros, en relación con la villa burgalesa de la que procedía su familia. Todavía es más interesante la figura de Andrés García Mellado, canónigo de la catedral de Guadix, prior de la granadina y rector de la Universidad carolina, cuyas inquietudes educativas nos ponen en contacto con la realidad educativa de Orce en el siglo XVIII, que explica en cierto modo la proliferación de hombres ilustres que hemos señalado. Desde el siglo XVI existía una escuela de enseñanza primaria y una cátedra de Gramática, que permitía realizar los dos primeros años de estos estudios medios y pasar luego al Seminario Conciliar de Baza para completarlos. Por Real Cédula de 1781, se intentó establecer la enseñanza obligatoria y una escuela única. Desde Guadix, Mellado favoreció esta empresa, llegando el maestro Francisco Guirao, enviado por el Obispo, con una dotación fija de dieciocho fanegas de trigo y con la carga de organista. Tanta dedicación, hizo que pronto se solicitara otro maestro, Ginés Belmonte y Benavente, emparentado con las familias de abolengo y con ideas pedagógicas reformistas.

Muy interesantes son las páginas dedicadas al linaje más significativo de la llamada Corte Chica, los Segura. Procedentes de Baza, donde habían llegado acompañando a D. Enrique Enríquez, el primer Segura asentado en Orce fue Pedro Segura Bocanegra, gobernador de 1622 a 1628. El arranque lo da, sin embargo, Andrés de Segura-Nieto y Ramal *el Mayor*, que casó con Matea Romero Masegosa, también de rica familia. De los Ramal, les llega a los Segura la posesión del palacio que será la casa-palacio de la familia. Dos son los vástagos del matrimonio: Andrés y Francisco de Segura-Nieto Romero. Ambos ricos y poderosos, sobre todo el primero. Se detiene, pues, nuestro autor, en la figura de D. Andrés *el Menor*, personaje inefable, de moral acomodaticia, que logra amasar una de las fortunas más ricas del Reino de Granada y, por supuesto, ser el ganadero más fuerte de las Altiplanicies y comarcas colindantes. Pero sus negocios abarcaban también actividades financieras, préstamos y censos. Logró, pues, tener una gran influencia, no sólo en Orce, donde era el todopoderoso, sino toda la comarca, Granada y Madrid, donde estuvo en contacto con los banqueros Roldofi. Por sus artimañas, se vio envuelto en pleitos con el municipio de Orce, su propio Señor de Aguilafuente, el Obispado de Guadix e, incluso, en un proceso inquisitorial por sus relaciones con la familia de los Mendoza, de origen morisco, que había acogido en Orce para servirse de sus grandes conocimientos legales. Al final de su vida, instituyó un mayorazgo y compró un título de hidalguía. Su hija Gumersinda, emparentada con los Belmonte, compró la casa-palacio de la plaza Nueva, conocida como palacio de los Belmonte-Segura.

El matrimonio de su hija mayor, Luisa Segura Rodríguez, con el segundo marqués de Dosfuentes, Pedro de la Cruz y Rienda, trajo este Marquesado a la Corte Chica urciense y, de esta forma, los Segura de Don Andrés, alcanzaron emparentar con un gran título, que paradójicamente también era comprado. El devenir histórico quiso que, ya a principios del siglo XIX, durante la Guerra de la Independencia, entre en la familia un personaje carismático y singular: el coronel José Villalobos Cabrera. Liberal y guerrillero, casa en secreto con María Pascuala Belmonte y Carreño, jovencita de quince años, en la iglesia Mayor de Huéscar. Antonio Guillén dedica brillantemente unas páginas a narrar las vicisitudes de la guerra protagonizadas por el coronel y su actitud liberal, que le lleva a defender la *Constitución de 1812*, vivir entusiasmado el Trienio Liberal y volver a la guerrilla con cincuenta y un años, tras el final del mismo, por lo que fue llevado preso a Granada por los realistas y sometido a juicio, acusado de traidor o infidente. Minada su salud, muere en Orce el 20 de abril de 1825. Personajes relacionados con el coronel Villalobos fueron Simón de Castellar y Bustamante y José Martínez Bustamante, románticos representantes del liberalismo orcerino.

Muy meritoria es la aportación que a la historia del arte de Orce y otras localidades de la comarca presta Antonio Guillén en este libro. Así, en el capítulo V realiza un ingente esfuerzo en torno a la figura del escultor levantino Antonio

Caro, instalado en Orce en 1676 con su familia. Describe, la principal de sus obras, el retablo de la capilla mayor, dedicado a la Inmaculada Concepción y en donde introduce la columna salomónica y remata con un *Calvario* o *Santo Cristo*. Muerto en Orce el 28 de enero de 1678, su sobrino Manuel Caro termina el retablo y otras obras encargadas en Lorca, donde se trasladó la familia. En un segundo nivel de información, habla de la antigua iglesia mudéjar y da la lista de los arquitectos o maestros de obras del templo barroco que le sustituye, cuya sacristía pondera como “alaha que en todo el obispado ay igual”. La aparición de grandes grietas en la capilla mayor del nuevo templo, plantea un espinoso problema, para cuya solución se suceden los informes de diversos arquitectos, entre los que destacan tres: Juan Rodríguez Toribio, de Orce; Gaspar Cayón, maestro mayor de la catedral de Guadix, y Dámaso de la Cruz, granadino, que trabajaba en Huéscar, Zújar y La Calahorra. Todos, menos Gaspar Cayón, mantienen la idea de derribar la capilla mayor antigua y levantar una nueva en su lugar. El 2 de enero de 1749 se inicia el derribo de la misma y se contrata a Dámaso de la Cruz para que se hiciese cargo de las obras, aunque Gaspar Cayón realiza un segundo viaje y promete enviar los planos o traza. En su transcurso, los problemas técnicos, sin embargo, hacen que se llame a una serie de prestigiosos arquitectos, como Pedro Fernández Pachote, Ventura Rodríguez, el maestro Godínez, que trabajaba en Vélez Rubio y Cantoria, el P. Indio de Jesús y Jacobo Ferro, nuevo maestro mayor de la catedral de Guadix. Pese a todo, la figura principal es, sin duda, Dámaso de la Cruz, que dedica treinta años de su vida a la construcción de la nueva capilla mayor y resto de la iglesia urciense, la principal de sus obras. Muere en Orce el 19 de septiembre de 1776. El rescate de su vida y obra es una de las principales aportaciones de Antonio Guillén en este libro. En un segundo plano de información, nos descubre a arquitectos de tercera fila, casi desconocidos, como Fernando Osete, autor de la fachada neoclásica, y su oponente desde Guadix, Torcuato Vidal Sánchez. Otra figura importante, al que dedica el capítulo XIII, es el maestro tallista y arquitecto, José Ortiz Fuertes, autor del gran retablo neoclásico de la nueva capilla mayor y del bello atrio que da entrada al templo. Colaborador asiduo de la iglesia de Orce, su personalidad despierta la simpatía del autor, que también estudia su obra en Baza y otras localidades.

Y para terminar, conviene subrayar que la excelencia del contenido de este libro, viene acompañada, como es costumbre en las obras de Antonio Guillén, siempre artista, de una bella portada, diseñada por él mismo, aprovechando uno de sus cuadros. Representa al primer señor de la Corte Chica, D. Enrique Enríquez, que, a caballo, ejerce el deporte de la cetrería, rodeado de un paisaje ideal boscoso, a cuyo fondo se divisa la silueta del castillo de las Siete Torres.

Manuel JARAMILLO CERVILLA
Centro de Estudios «Pedro Suárez»